

CRECIDA Y ROTURA DE LA CIVILIZACIÓN BURGUESA (LXXXIII)

De "Battaglia Comunista" nº 23 del 5 al 19 de diciembre de 1951

Las inundaciones en el valle del Po y el confuso debate sobre sus causas y sobre la responsabilidad de organismos y entidades que no han sabido llevar a cabo la defensa, con todo lo nauseabundo del reproche recíproco de "especulaciones" sobre la desgracia, ponen en tela de juicio una de las falsas opiniones más extendidas y comunes a todos los contendientes: la sociedad capitalista contemporánea, con el correlativo desarrollo de la ciencia, la tecnología y la producción, pone a la especie humana en las mejores condiciones para luchar contra las dificultades del medio natural. De ahí la *culpa* contingente del gobierno y del partido A y B al no saber explotar este magnífico potencial a su disposición, en las equivocadas y culpables medidas administrativas y políticas. De ahí el no menos clásico: salte tú de ahí que quiero ponerme yo.

Si bien es cierto que el potencial industrial y económico del mundo capitalista está en aumento y no en disminución, es igualmente cierto que cuanto mayor es su virulencia, peores son las condiciones de vida de las masas humanas frente a los cataclismos naturales e históricos. A diferencia de la crecida periódica de los ríos, la crecida de la acumulación frenética del capitalismo no tiene como perspectiva el "decrecimiento" de una *curva descendente* de las lecturas del hidrómetro, sino la catástrofe de la rotura.

AYER

Estrecha es la relación entre el desarrollo milenario de la técnica de trabajo del hombre y las relaciones con el entorno natural. El hombre primitivo, como el animal, recoge y consume los frutos espontáneos mediante una simple operación prensil y, como el animal, huye sin control ante la explosión de un fenómeno natural que amenaza su vida. Al igual que la producción artificial de productos para el consumo y la acumulación de existencias de los mismos productos y utensilios le obliga a establecerse, asimismo le obliga a defenderse de las amenazas de los meteoros y los trastornos naturales. Tal defensa, que no es distinta de la que se hace contra otros grupos que compiten por el mejor asiento, o contra los depredadores de la acumulada reserva, sólo puede ser colectiva. De estas exigencias colectivas, como tantas veces hemos visto, nace la división de clases y la explotación por parte de los dominadores.

En Marx (Capital, Sección V), *"el modo de producción capitalista presupone la dominación del hombre sobre la naturaleza"*. Esto presupone también la guerra de la naturaleza contra el hombre. Una naturaleza excesivamente generosa y pródiga no sería un ambiente favorable para el auge del capitalismo: *"No es la absoluta fertilidad del suelo, sino más bien la variedad de sus productos naturales, lo que constituye la base de la división social del trabajo (...). La necesidad de dirigir socialmente una fuerza natural, de valerse de ella, de economizarla, de dominarla, de apropiarse de ella en grandes proporciones mediante la obra de los hombres, constituye una de las funciones más importantes en la historia de la industria. Tal fue la necesidad de regular y distribuir los cursos de agua en Egipto, Lombardía, Holanda. Así mismo tiene lugar en la India, Persia, donde el riego por medio de canales artificiales aporta al suelo no sólo el agua que le es indispensable, sino también los fertilizantes materiales que el agua saca de las montañas y deposita en su lodo. La canalización fue el secreto del desarrollo industrial en España y en Sicilia bajo el dominio árabe. La distribución de las aguas era en las Indias una de las bases materiales del Poder central por encima de los pequeños organismos autónomos de producción comunista. Los*

conquistadores mahometanos de la India comprendieron esto mejor que los ingleses, sus sucesores: basta recordar la carestía de 1865 que costó la vida a más de un millón de indios en el distrito de Orissa en Bengala." Es bien sabido que el ensañamiento de carestías similares es muy reciente, a pesar del inmenso potencial capitalista mundial... La lucha contra la naturaleza genera la *industria*, y el hombre vive sobre dos sagrados elementos dantescos: *la naturaleza y el arte* (el tercero es Dios). El capitalismo genera la explotación del hombre con la industria. El burgués no aborrecerá la violencia contra Dios, la naturaleza y el arte.

El *alto capitalismo* modernísimo marca serios puntos de retroceso en la lucha de defensa contra las agresiones de las fuerzas naturales a la especie humana, y las razones son estrictamente sociales y de clase, hasta el punto de invertir la ventaja que deriva del progreso de la ciencia teórica y aplicada. Esperamos incluso inculparlo por haber exasperado con los estallidos atómicos la intensidad de las lluvias meteóricas, o mañana, de "burlarse" de la naturaleza hasta el punto de arriesgarse a hacer inhabitable la tierra y su atmósfera, y quizás, a reventar su mismo esqueleto por haber desencadenado "reacciones en cadena" en los complejos nucleares de todos los elementos. Por ahora, establecemos una ley económica y social de paralelismo entre su mayor eficacia en explotar el trabajo y la vida de los hombres, y la cada vez menor racional defensa contra el entorno natural, entendido en su sentido más amplio.

La corteza terrestre se modifica por procesos geológicos que el hombre aprende a comprender cada vez mejor, y a atribuir cada vez menos a las misteriosas voluntades de poderes resentidos, y que dentro de ciertos límites aprende a corregir y controlar. Cuando, en la prehistoria, el valle del Po era una inmensa laguna en la que el Adriático mojaba los pies de los Alpes, los primeros habitantes, que evidentemente no tuvieron la suerte de poder lamentarse de la interesada caridad de América y los "medios anfibios", ocupaban viviendas construidas sobre palafitos que surgían del agua. Era la civilización de los "tierramares", de la que Venecia es un desarrollo lejano, ¡era demasiado sencillo basar en ella los "negocios de reconstrucción" y los contratos de suministro de madera! Con la crecida del agua la vivienda sobre palafitos no se derrumbaba: se derrumban las casas modernas con muros: y, sin embargo, ¡con qué medios se contaría hoy para construir casas, carreteras y ferrocarriles colgantes! Estos serían suficientes para garantizar la integridad de la población. ¡Utopía! Los cálculos económicos no cuadran, pero sí cuadra el de hacer doscientos mil millones de obras de reparación y reconstrucción.

En tiempos históricos, los primeros diques del Po se remontan nada menos que a los Etruscos. Durante siglos y siglos, el proceso natural de degradación de las laderas montañosas y el transporte en aluviones de los materiales suspendidos en las aguas corrientes habían formado las inmensas y fértiles llanuras, y convenía asegurar allí la permanencia de las poblaciones agrícolas. Las sucesivas poblaciones y regímenes siguieron elevando altos diques a los lados del gran río, pero esto no valió para impedir los inmensos cataclismos con los que cambió su mismo curso. Y desde el siglo V que el salto del lecho del Po, cerca de Guastalla toma un nuevo recorrido, que era entonces el del último tramo del Oglia, afluente izquierdo. En el siglo XIII, en el tramo hacia la desembocadura, el gran río abandona la rama sur del vasto delta, el actual secundario "Po de Volano", y toma el lecho actual de Pontelagoscuro hasta el mar. Estos aterradores "saltos" siempre se producen del sur hacia el norte. Una ley general quiere atribuir

a todos los ríos del planeta esta tendencia a desplazarse hacia el polo, por motivos geofísicos. Pero para el Po, la ley es evidente, debido a la naturaleza muy diferente de los afluentes izquierdos y derechos. Los primeros proceden de los Alpes y son cursos de agua transparente, al detenerse en los grandes lagos, y por tener sus máximas crecidas no en correspondencia con las lluvias torrenciales, sino con el deshielo primaveral de los glaciares. Por lo tanto, estos afluentes, en principio, no aportan turbidez ni depósitos de arena al lecho del río principal. En cambio, desde el sur, desde los Apeninos, los afluentes cortos y torrenciales de la derecha, con enormes diferencias entre la afluencia de crecidas y sequías, derraman los escombros de la erosión de las montañas y los entierran en la parte derecha del lecho del Po, que de vez en cuando escapa del obstáculo y fluye más al norte. No se necesita el chovinismo para saber que de este problema nació la ciencia hidráulica fluvial, que durante siglos ha planteado el problema de la utilidad y la función de los diques, y lo relaciona con el de la distribución del agua de riego en los canales, y luego con la navegación fluvial. Después de las obras romanas, tenemos noticias de los primeros canales en el valle del Po desde 1037. Tras la victoria de Legnano, los milaneses llevaron el Canal Grande (Naviglio Grande) hasta Abbiategrosso que se hizo navegable en 1271. Así surgió la agricultura capitalista, la primera de Europa, y las grandes obras hidráulicas fueron realizadas por parte de los poderes estatales: desde los canales de esclusas estudiados por el genio de Leonardo, que dictó también normas para el régimen fluvial, hasta el canal Cavour iniciado en 1860.

La construcción de diques para contener los ríos planteó un gran problema: el de los ríos colgantes. Mientras que los ríos alpinos, como el Ticino y el Adda, se encuentran durante la mayor parte de su curso encajados entre riberas naturales, los afluentes de la derecha y el Po a partir de Cremona son *colgantes*. Esto significa que no sólo el nivel del agua, sino también el lecho del río, es más alto que los campos circundantes. Los diques impiden que éstos queden sumergidos, y un canal de drenaje que corre paralelo al río recoge las aguas locales y las devuelve aguas abajo al propio río: son las grandes mejoras hidrológicas de tierras; y a medida que se acercan al mar el trasvase se realiza por medios mecánicos, hasta mantener secas llanuras aluviales que están a una cota más baja no sólo que el río sino también que el propio mar. Todo el Polesine es una inmensa zona *baja*: Adria está a 4 metros sobre el nivel del mar; Rovigo a 5; a su altura el lecho del Po es más alto, y el del Adigio aún más. Es evidente que una rotura de los diques convertiría toda la provincia de Rovigo en un inmenso lago.

Uno de los grandes debates entre los ingenieros hidráulicos fluviales es el de si la subida del lecho de tales ríos es progresiva. Así lo afirmaron los ingenieros hidráulicos franceses hace un siglo, con la oposición de los maestros de la hidráulica italiana, y aún hoy se debate en los congresos. No se puede negar, sin embargo, que la turbidez del río, con su depósito, aleja la desembocadura, extendiéndola hacia el mar, incluso si no se detiene en los últimos tramos del cauce. Por efecto de tal proceso incesante, la pendiente del lecho del río y de la superficie del agua no puede disminuir, y por ley hidráulica la velocidad de la corriente a igual capacidad caudal: por lo tanto, la necesidad de elevar los diques aparece históricamente indefinida e inexorable, y progresiva, también la naturaleza desastrosa de las eventuales roturas.

En este campo, la disponibilidad de medios mecánicos modernos ha contribuido a la difusión del método de explotación de grandes extensiones de tierra muy fértil, manteniéndola mediante el drenaje continuo en seco. El riesgo de los ocupantes

y de los trabajadores preocupa relativamente a una economía del beneficio, y al daño de la posible destrucción de obras se ve contrapuesto, por un lado, la fertilización que sigue a las invasiones de limo, y por otro, el factor económico: hacer obras es siempre un *negocio* capitalista.

En la época moderna, se extendían por todo el litoral italiano en, las tierras bajas, las clásicas recuperaciones de *llenado*: alternativamente, se dejaba que las aguas de los ríos se desbordaran en grandes cuencas de almacenamiento cuyo nivel subía lentamente, con la doble ventaja de no dejar que las tierras útiles y fértiles fueran a parar al mar, y de poner a salvo de las inundaciones y futuras enfermedades zonas cada vez más amplias. Tal sistema racional resultó ser demasiado lento para las exigencias de la inversión de los capitales. Otro argumento tendencioso era y es el que se extrae de la densidad de población cada vez mayor, que no permite la pérdida de suelo útil. Así pues, se destruyeron casi todas las antiguas mejoras hidrológicas de tierras estudiadas con paciente y exacta nivelación de los ingenieros hidráulicos de los regímenes austríaco, toscano, borbónico, etc.

Es evidente que al tener que decidir hoy entre las distintas soluciones radicales a los problemas, no sólo influye la incapacidad del capitalismo de mirar a largo plazo en lo que respecta a la transmisión de instalaciones de generación en generación, sino que también chocan fuertes intereses locales de productores agrarios e industriales que tienen interés en que no se vean afectadas determinadas zonas, y hacen palanca sobre el apego de las miserables poblaciones a sus inhóspitos lugares. Hace tiempo que se propugnan soluciones para crear "desvíos" del Po. Un estudio de este tipo es siempre muy difícil debido a la incertidumbre de los resultados con respecto a las previsiones, lo cual es un gran fastidio en el clima empresarial. Una solución, hacia la derecha, consiste en un corte desde Pontelagoscuro hasta los valles o lagunas de Comacchio: el correspondiente canal artificial reduciría en aproximadamente un tercio la longitud del cauce actual hasta el mar. Una solución así choca con las grandes inversiones en las mejoras hidrológicas de tierras ferrarenses y la industria de cría piscícola, y encontraría resistencias. Sin embargo, no encontrarían menos resistencia las soluciones que tuvieran una visión más larga, y más acorde – quizá – con el proceso natural, hacia la unión de los cursos del Po y del Adigio, entre los que se desarrolla la baja Polesana, creando en la vaguada de ésta, hoy atravesada por una red de pequeños cauces, un gran colector, y quizá en el futuro un desvío de uno de los dos ríos, si no de ambos.

En la época burguesa, un estudio de este tipo no conduciría a una investigación positiva, sino a dos "políticas", de *derechas* y de *izquierdas*, con respecto al Po, con el correspondiente conflicto de grupos de especulación.

HOY

Se discute si la catástrofe actual, en la que algunos ven ya la formación natural de una gran marisma estable, y el desplazamiento del lecho del Po con el desmembramiento total del dique norte, deriva de una densificación excepcional de precipitaciones lluviosas y otra participación de causas naturales, o de la negligencia y culpa de los hombres y administradores. Es indiscutible que la sucesión de guerras y crisis ha hecho que se descuiden durante décadas los difíciles servicios de supervisión técnica y mantenimiento de los diques, de dragado de los cauces cuando es necesario, así como el arreglo de las cuencas de la alta montaña, cuya deforestación provoca una mayor y más rápida recogida de agua de lluvia en las crecidas y una mayor afluencia de material en suspensión en los cursos bajos.

Con la tendencia que impera hoy en día en la ciencia y la

organización técnica oficial, también es difícil recopilar y comparar los datos udométricos (cantidad de lluvia caída en varios días en la cuenca que alimenta el río) e hidrométricos (alturas del agua en los hidrómetros, caudal máximo del curso de agua) con los del pasado. Hoy en día, oficinas y científicos respetados emiten sus veredictos en función de las exigencias políticas y de la razón de Estado, es decir, en función del efecto que tendrán, y las cifras están sujetas a todo tipo de adiestramientos. Por otra parte, se puede creer perfectamente lo que dice la corriente de crítica, que las estaciones de observación destruidas por la guerra ni siquiera han sido reconstruidas; y también es de creer que nuestra actual burocracia técnica trabaja sobre mapas viejos que se pasan de copia en copia; y se arrastran por las mesas de personal técnico dependiente y desganado; y no actualiza los levantamientos y las difíciles nivelaciones y operaciones geodésicas de precisión que permiten conectar los diversos datos del fenómeno: ésta vive en todos los ámbitos de mapas que responden a las parafernalias de las circulares en el formato y en los colores, pero que no tienen nada que ver con la realidad física. Las cifras que se dan aquí y allá en la prensa generalista no se pueden seguir: es fácil culpar a los periodistas que lo saben todo y no saben nada. Por lo tanto, queda por ver – y bien podrían intentarlo los movimientos que tienen grandes medios y grandes bases – si la intensidad de las lluvias fue realmente mayor que la de un siglo de observaciones: es legítimo dudar de ello. Otro tanto ocurre con las lecturas hidrométricas del nivel máximo de agua alcanzado y del caudal máximo: es fácil decir que el máximo históricamente conocido en Pontelagoscuro, de 11 mil metros cúbicos por segundo, ha pasado a 13 mil en los últimos días. En 1917 y 1926 se produjeron crecidas altísimas, también en primavera, con consecuencias incomparablemente menores, y en Piacenza éstas llegaron a los 13.800 metros por segundo.

Sin alargarnos, demos por firme que las lluvias no fueron de una intensidad nunca vista, y que el desastre fue determinado sobre todo por la larga carencia de los servicios necesarios y la omisión de obras de mantenimiento y mejora, en relación con las menores sumas que la administración pública destinó a estos fines y con la forma en que se utilizaron, en comparación con el pasado.

Se trata de dar a estos hechos una causa, que debe ser y es social e histórica, y que es pueril remontar a "falsas maniobras" de quienes estuvieron o están hoy en las palancas de la máquina estatal italiana. Además, no se trata de un fenómeno exclusivo italiano, sino de todos los países: el desorden administrativo, el robo y las perversiones de los negocios en las decisiones de la maquinaria pública han sido denunciados ahora por los propios conservadores, y en América se han relacionado también con los desastres públicos: incluso allí, ciudades modernísimas de Kansas y Missouri han sido increíblemente maltratadas por ríos mal regulados.

Hay dos ideas erróneas que subyacen a la crítica que hemos puesto de relieve: una es que la lucha por volver de la dictadura fascista *en el seno* de la burguesía (la dictadura de la burguesía siempre ha estado ahí desde que ganó su *libertad*) a la exterior democracia multipartidista tuviera como objetivo una mejor administración; mientras que estaba claro que debía conducir y ha conducido a una peor administración. Y ello es culpa común de TODOS los colores del gran bloque de los comités de liberación nacional. La otra idea errónea es la de creer que la forma totalitaria del régimen capitalista (del que el fascismo italiano fue el primer gran ensayo) tenga como contenido un poder excesivo de la burocracia estatal frente a las iniciativas autónomas del emprendimiento y la especulación privada. Esa forma es, en

cambio, en una determinada etapa, una condición para la supervivencia del capitalismo y del poder de la clase burguesa, que concentra en la máquina del Estado fuerzas antirrevolucionarias, pero hace que la máquina administrativa sea más débil y manipulable por los intereses especulativos.

Aquí es necesario echar un vistazo a la historia de la maquinaria de la administración italiana desde la época de la unidad nacional. Al principio funcionaba bien y tenía fuertes poderes. Se daban todas las circunstancias favorables. La joven burguesía, para llegar al poder y sostener sus intereses, tuvo que pasar por una fase heroica y afrontar sacrificios, así que los elementos individuales seguían dispuestos a prodigarse, siendo menos atraídos por el beneficio inmediato no ostensible a la luz del sol. Se necesitaba un entusiasmo compacto adicional para liquidar la resistencia de los viejos poderes y las máquinas estatales oxidadas de las distintas partes en que estaba dividido políticamente el país previamente. No había ninguna división perceptible en partidos, gobernaba el partido único de la revolución liberal (virgen en la fecha de 1860, prostituida en la de 1943), con la aquiescencia evidente de los pocos republicanos mismos, y sin haber aún surgido el movimiento obrero. Los tejemanajes tuvieron que empezar con el *transformismo* bipartidista de 1876. El esqueleto de la burocracia venida del Piamonte, en esencia detrás de las fuerzas militares de ocupación, gozaba de una verdadera dictadura sobre los elementos locales, y los opositores autocráticos o clericales estaban en la práctica bajo el peso de leyes excepcionales... ya que eran culpables de antiliberalismo. En estas condiciones se construyó una máquina administrativa joven, consciente y honesta.

A medida que el sistema capitalista se desarrollaba en profundidad y extensión, la burocracia sufría un doble asalto a su hegemonía incorrupta. En el ámbito económico, los grandes empresarios de las obras públicas y de los sectores de producción asistidos por el Estado levantan la cabeza. Paralelamente, en el ámbito político, la extensión de la corrupción en la práctica parlamentaria hizo que cada día los "representantes del pueblo" intervinieran para influir en las decisiones del engranaje ejecutivo y de administración general, que hasta entonces había funcionado con estricta impersonalidad e imparcialidad.

Las obras públicas, que antes eran estudiadas por los mejores expertos, ingenuamente felices de tener el pan seguro como funcionarios del gobierno, y del todo independientes en sus juicios y opiniones, comienzan a ser impuestas por los ejecutores: se trata de los clásicos "chiringuitos" que comienzan a circular. La máquina de los gastos estatales se convierte tanto menos útil para la colectividad cuanto más costosa es.

Este proceso fue importante durante el periodo giolittiano, sin embargo, la situación de mejora de la prosperidad económica hizo que los daños fueran menos evidentes. Este sistema, y aquí radica la obra maestra de la política, enreda lentamente al emergente partido de los trabajadores. Precisamente porque en Italia abunda la mano de obra y escasea el capital, se invoca por todos lados el Estado como empleador, y el diputado que quiere los votos de la circunscripción industrial o agrícola sube las escaleras de los ministerios a la caza de la panacea: ¡las obras públicas!

Después de la primera gran guerra, aunque fue "ganada", la burguesía italiana vio demasiado cambiadas todas las condiciones rosadas de los tiempos heroicos, y se tiene el fascismo. La concentración de la fuerza policial del Estado, junto con la concentración del control de casi todos los sectores de la economía, permite al mismo tiempo evitar el estallido de movimientos radicales de las masas y asegurar a la clase pudiente libres maniobras especulativas, a condición de que se dote de un

centro único de clase, que encuadre su política de gobierno. Todos los medianos y pequeños empresarios se ven obligados a hacer las concesiones reformistas invocadas en la larga lucha por las organizaciones obreras, que (como siempre) se destruyen robándoles el programa; con todo ello, mientras se favorece la alta concentración capitalista, se pacifica la situación interna. La forma totalitaria permite al capital poner en práctica el engaño reformista de las décadas anteriores, yendo hacia la colaboración de clases prevista por los traidores del partido revolucionario.

La maniobra de la máquina estatal y la misma rebotante legislación especial se ponen al servicio descarado de las iniciativas empresariales. De una ley técnica – por volver a nuestro asunto original, que trataba de los ríos – que había tenido algunas verdaderas obras maestras hacia 1865, se convirtió en un auténtico pozo negro de despropósitos abierto a todas las maniobras, y el funcionario quedó reducido a una marioneta de las grandes empresas. Los servicios hidrológicos están precisamente entre los que se dan de patadas con el ideal de la famosa *iniciativa, privada*. Exigen un sistema unitario y pleno poder: tenían tradiciones muy relevantes. Jacini escribió en 1857: *el razonamiento civil del agua encontró en Giandomenico Romagnosi un tratadista inmortal*. En resumen, la administración y la técnica burguesas tenían objetivos de clase ya entonces, pero eran un asunto serio: hoy son una nimiedad.

De ahí deriva la tendencia que ha llevado a la degeneración, más que al progreso, del sistema de defensa hidráulica en el Valle Padano: de un proceso que no concierne a un solo partido ni a una sola nación, sino a las vicisitudes seculares de un régimen de clase.

Por decirlo de forma sencilla, si una vez la burocracia – independiente, si no omnipotente – estudiaba sus proyectos en el tablero y luego convocaba las licitaciones de las "empresas" de contratación pública y, negándoles hasta las tazas de café, les obligaba a realizar su trabajo de forma rigurosa, por lo que en principio la elección de las obras a las que se asignaban los fondos se hacía según criterios generales; hoy la relación está invertida. Débil y servil, la burocracia técnica recibe los proyectos elaborados por las propias empresas y los pasa sin apenas mirarlos, y las empresas, obviamente, eligen aquellas obras que ofrecen beneficios, y dejan de lado las obras delicadas que implican un compromiso serio y un gasto menos repetible.

No es que el hecho moral subyazca a todo esto, ni que por regla general el funcionario sucumba a la corrupción de altas propinas. Es que, si un funcionario se resiste, no sólo su trabajo se hace diez veces más pesado, sino que los intereses con los que choca movilizan en contra suya influencias partidistas decisivas en los altos círculos de los ministerios de los que depende. Antaño era el técnico más hábil el que progresaba, hoy es el que tiene más capacidad para moverse dentro de esta red.

Cuando el unipartidismo fascista cedió el sitio a un multipartidismo desconocido por la misma Italia giolittiana, a una Inglaterra modelo de constitucionalismo, y así sucesivamente (ya que nunca hemos tenido diez partidos declarados dispuestos a gobernar en la constitución, sino como mucho dos o tres) el mal se agravó. ¡Los ejércitos aliados debían traer de vuelta a los expertos y a los honrados! Qué tonta expectativa la de tantos y tantos: el nuevo cambio de guardia ha dado la peor de las *guardias*, como en los diques padanos.

Es muy sintomático para el diagnóstico de la fase actual del régimen capitalista que un alto funcionario del Consejo Superior

de Obras Públicas se haya dejado llevar y haya dicho que los guardias de las inundaciones han desertado en el momento oportuno: el único fin para el que se les paga permanentemente; este es el estilo de la burocracia moderna (¡para algunos la supuesta nueva clase dirigente! Las clases dirigentes llegan con las fauces abiertas, pero no con el corazón tembloroso).

No menos interesante es lo que escribió Alberto de Stefani bajo el título: *El gobierno del Po*. Después de dar un poco de historia de las disposiciones relativas al pasado, cita la opinión de escritores de revistas técnicas: "No se insistirá suficientemente nunca sobre la necesidad de reaccionar ante el sistema de concentración de la actividad de los despachos exclusivamente o casi en el diseño y ejecución de grandes obras". El tal De Stefani no veía el alcance radical de tal crítica, deploraba que se descuidara la conservación y el mantenimiento de las obras existentes y se den a trazar los planos de nuevas; cita de otros pasajes: "Se están gastando decenas de miles de millones como consecuencia de las inundaciones (y mañana centenares) después de escatimar y negar sistemáticamente los pocos fondos para obras de mantenimiento e incluso para el cierre de las roturas". Esto parece haber ocurrido para el Rin. Un economista del calibre de De Stefani se las arregla con: "Todos carecemos del *espíritu de conservación* debido a la abundancia de *fantasía* descontrolada."

¿Es una cuestión de psicología nacional? Ya no; es el resultado del moderno tipo de producción capitalista. El Capital está ahora inhabilitado para la función social de transmitir el trabajo de la generación actual a las generaciones futuras y utilizar para ello el trabajo de las generaciones pasadas. No quiere contratos de mantenimiento, sino gigantescos proyectos de construcción: para hacerlos posibles, no siendo suficientes los cataclismos naturales, el capital crea, por necesidad ineludible, los humanos, y hace de la reconstrucción de la posguerra "*el negocio del siglo*".

Estos conceptos deben aplicarse a la crítica de la posición baja y demagógica de los llamados partidos obreros italianos. Dad a la especulación y a la empresa capitalista de inversión en obras hidráulicas los capitales de los pedidos de armamento, y ésta (salvo para poner en crisis a los pseudorojos en los centros metalúrgicos, si la cosa se hiciera de verdad) los utilizará con el mismo estilo; embrollando y especulando al mil por cien, y levantando la copa por la llegada, si no de la próxima guerra, de la próxima inundación.

También el inmenso río de la historia humana tiene sus crecidas irresistibles y amenazantes. Cuando la ola se levanta, ruge contra los dos diques que la constriñen: a la derecha está el dique conformista, el dique de la preservación de las formas existentes y tradicionales; y a lo largo de éste, salmodian en procesión los curas, patrullan los policías y los gendarmes, parlotean los maestros y los cuentacuentos de los embustes oficiales y del escolasticismo de clase.

El dique de izquierda es el reformista, y en ella se agolpan los "populares", los artesanos del oportunismo, los parlamentarios y los organizadores progresistas; intercambiando injurias a través de la corriente, ambas cortes reivindicán tener la receta para que el poderoso río siga su camino embriado y forzado.

Pero en las grandes curvas la corriente rompe todo freno, sale de su lecho y "salta", como saltó el Po en Guastalla y en Volano, en una dirección inesperada, arrollando a las dos sórdidas bandas en la ola imparable de la revolución subversiva de toda antigua forma de dique, moldeando la sociedad como la tierra con un nuevo rostro.